

Discurso de recibimiento por don Luis Jaime Cisneros Vizquerra

Hace cincuenta y un años que conozco a Enrique Carrión, y treinta que soy un aprovechado y agradecido lector de sus trabajos. Lo mío no puede estar desasido de sentimiento, por más urgido de circunspección a que me convoque la solemnidad del acto en que participamos. Acabamos de oír su confesión: Carrión se sintió siempre atraído por la Historia, de modo que no habría por qué sorprenderse si hoy lo estamos incorporando para que comparta diálogo e investigación en la Academia de la Historia. Pero, al recibirlo, estoy obligado, por gracia de nuestro largo quehacer universitario, a aclarar los alcances de esa confesión. Porque eso que Carrión ha querido calificar como ‘afición’ bien puede ser calificado como una clara y profunda vocación por lo histórico. En el fondo, cuando Carrión habla de la historia, no quiere aludir al mero relato de los hechos antiguos, ni siquiera a la pronta evocación de los mismos. Quiere referirse a la historia como conocimiento del pasado. Y cuando digo *conocimiento* no quiero significar ni *búsqueda* ni *estudio* (que fue el sentido inicial que en griego tenía *istoría* (istopía)). Cuando digo *conocimiento* quiero enteramente decir ‘conocimiento científico’. Dicho de otro modo, y con palabra ajena:

“si hablo de ciencia a propósito de la historia no es en el sentido de *epistème* sino en el de *tekné*, es decir, por oposición al conocimiento vulgar de la experiencia cotidiana, un conocimiento elaborado en función de un método sistemático y riguroso” (Marrou, 103).

De esa historia sí puedo afirmar (como testigo venturoso) que Carrión fue un ferviente enamorado. Y es que en el centro de las preocupaciones históricas de Enrique, nunca estuvieron los hechos ni la sociedad; lo decisivamente importante fue el hombre. Lo atrajo (y lo atrae felizmente todavía) “la conquista del conocimiento auténtico de la verdad sobre el pasado”. Y lo recalco, porque es una línea de toda la investigación histórica y filológica de Enrique Carrión: la conquista de *la verdad*. Sus inquietudes iniciales sobre el significado de la palabra *peneca*, antes que un buen testimonio de que la filología estaba ya en el horizonte, ofrecen prueba singular de este interés por internarse en el mundo fabuloso y preclaro de la mitología léxica. Por algo dijo alguna vez Toynbee que “la historia es hija de la mitología, forma primitiva de comprensión y de expresión” (*L’histoire*, Paris, NRFiNRF, 1951, p. 54). Y es que no está tan alejado el mundo de las etimologías del atrayente mundo mitológico, al extremo de que, en un raptus de ingenuidad, podríamos calificar el campo de la etimología como el de la mitología léxica. Claro que tengo presentes nuestras primeras conversaciones en que Enrique Carrión –con voz que todavía quería ser la de un adolescente gritoncito y locuaz– me porfiaba que nunca se habría de dedicar a estas cosas ‘inertes’ de la filología porque su camino era el de la historia. Como vemos, en casa de historiadores está.

Pero no fue la historia (tal como puede entenderla el vulgo) lo que motivó sus primeros trabajos universitarios. Un ojo desprevenido diría que no fue la historia lo que motivó esa primera monografía sobre las ideas lingüísticas de Juan de Valdés. Pero para quienes frecuentábamos esa ribera descubrimos que la monografía aquella no habría alcanzado la sobriedad y el rigor deseados si el interés por lo histórico no hubiera predispuesto a este muchacho a la compulsión de datos y no nos hubiera revelado su predisposición para manejar lo indispensable y relegar lo superfluo. En esa monografía ya estaban prefiguradas las virtudes que Carrión ha ido perfeccionando a lo largo de su trajín de investigación y de docencia: puntualidad en los datos, seriedad en la consulta bibliográfica, interés vivo por el mundo de las ideas, manejo decoroso (y a veces artístico) del lenguaje. Todas las virtudes que Marcel Bataillon y Américo Castro reclamaban en quienes aspiraban a dedicarse a una tarea de investigación. Cuando recuerdo los primeros estudios de Enrique sobre ideas fonéticas y sobre los antecedentes del Diccionario de Arona, tengo muy presentes las varias oportunidades en que oí decir a maestros tan insignes como Amado Alonso y Américo Castro, que el que aspiraba a trabajar en filología debía sentir hondo interés por la fonética, por la historia y por la filosofía. Si no, no había modo de interesarse en los asuntos de los que 'el hombre' fuese protagonista. Carrión lo supo desde sus horas iniciales universitarias.

Ese conocimiento histórico aparece manifiesto, con singular destreza, en su valiente estudio sobre la *Noticia de Arequipa*, tema que anticipa el no superado trabajo sobre *La lengua en un texto de la Ilustración*, uno de los más sólidos documentos que quienes se interesen por la historia de la lengua en el Perú deberán consultar como indispensable baluarte de métodos y datos. En él se manifiesta el interés que para Carrión ha representado siempre eso que Américo Castro llamaba la 'historia vivencial', en la que los hechos no tienen significación ni valor sin la participación de los que comparten el mismo espacio geográfico y el mismo ambiente cultural. Por eso, en su libro de 1983 aclara:

"Nuestra biografía de Pereira incidía sobre sus relaciones con el Perú y tenía por finalidad encaminar su calidad como informante en lo histórico. Se quería establecer también los lineamientos políticos, sociales, culturales y geográficos en que vivió su *Noticia*". (p. 11)

En este hermoso trabajo de investigación Carrión ha logrado reunir su primitivo interés por los hechos históricos y su flagrante vocación por la lexicología. Los prolegómenos nos ubican en el mundo histórico-cultural y nos anuncian la metodología a que ha de ajustarse la investigación. La minuciosa información que el texto ofrece, la seguridad con que se manejan los datos lexicográficos, la precisión bibliográfica, el acucioso fervor con que Carrión va engarzando conclusión tras conclusión nos ofrecen una cabal noticia de la vida

intelectual arequipeña de esa época y nos invitan a tener presentes esos datos a la hora de arriesgar otras investigaciones necesarias.

Y si recuerdo esto en momentos de su incorporación a la Academia de la Historia es porque quiero reconocer cuánto debo a este saber escrupuloso de Carrión, y para confesar que cada vez que me veo obligado a consultar sus investigaciones, recuerdo (y confieso que me rejuvenece la evocación) aquellas horas antiguas de estudio y conversación, en el patio de Letras, en la Plaza Francia, donde Enrique Carrión daba muestras, jornada tras jornada, de que todo lo relacionado con el humanismo nunca habría de serle ajeno. Era un muchacho en quien descubríamos que la exactitud era condición indispensable de serle para asegurar el conocimiento. Era un muchacho que tomaba en serio el estudio, como tomaba en serio la oración, y sabía que la sonrisa era rasgo fundamental de un hombre culto. Muchos de sus compañeros afirmaban que Carrión sería un erudito: todo lo inquiría, todo lo adivinaba, todo lo sabía. Quienes de verdad lo queríamos sabíamos que él era el único que conocía el ámbito de sus ignorancias y trabajaba febrilmente, tenaz y constante como era, para que nunca pudiese ganarlo la improvisación.

La Academia de la Historia está de fiesta. Y creo sentirme con derecho a proclamar que es fiesta que los miembros de la Academia Peruana de la Lengua compartimos con regocijo singular. Llega a nuestra casa Enrique Carrión gracias a su vieja adhesión al conocimiento, porque sintió necesidad de ahondar en la historia para mejor apreciar la tarea y el destino del hombre en la sociedad.